

Una bandera pequeñita: desestabilizaciones
de la escritura biográfica en *Bolívar criollo*,
de Olga Briceño
*A tiny flag: Destabilizations
of the biographical writing in Bolívar Criollo,*
by Olga Briceño

MARIANA LIBERTAD SUÁREZ¹
marisuarez@usb.ve
Universidad Simón Bolívar

Recibido: 08/11/2013
Aprobado: 16/01/2014

Resumen

Si al reconstruir el siglo XX hubiera que delimitar un momento concluyente para el movimiento feminista latinoamericano, el primer período en sobresalir serían los años transcurridos entre 1929 y 1961. En esos años las venezolanas emprendieron una lucha por la adquisición de sus derechos ciudadanos y –como consecuencia directa de ello– alcanzaron el ingreso masivo a las universidades, la posibilidad de ocupar cargos de elección popular y el derecho al sufragio. De igual forma, en el segundo tercio del siglo XX hubo una proliferación de escritoras, periodistas e historiadoras que se dieron a la tarea de movilizar el imaginario nacional por medio de la producción de artículos

¹ Profesora del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar e investigadora del programa José Carlos Mariátegui, de la Fundación CELARG. Autora de diversas publicaciones en torno a la escritura de mujeres, entre las que se encuentra *La loca inconfirmable: apropiaciones feministas de Manuela Sáenz (1944-1963)* (Premio Casa de las Américas 2014).



de prensa, cuentos, novelas y ficciones de archivo: escrituras que dieron lugar a la creación de nuevas subjetividades capaces de renovar los grandes movimientos fundacionales del continente.

En este marco, se propone una lectura de la obra *Bolívar criollo* (1934b), escrita por la narradora venezolana Olga Briceño. La reconstrucción de la Guerra de Independencia desde la mirada de esta autora permitirá rastrear las rearticulaciones de las identidades de género en su escritura literaria y los movimientos que desembocaron en estas intervenciones de la historiografía tradicional.

Palabras clave: identidad narrativa, género-historia-historiografía, Guerra de Independencia, Olga Briceño.

Abstract

The years passed between 1929 and 1961 were conclusive for the Latin-American feminism. In these years, the Venezuelan women entered massively to the universities, began to occupy charges of popular choice and conquered the right from the suffrage. In the second third of the 20th century, the Venezuelan women writers, journalists and historians proliferated. They wrote articles in the newspaper, stories, novels and historical fictions that they mobilized the imaginary native. They renewed the foundation of the continent, by means of the creation of new national subjects. Bearing in mind these premises, we are going to read the work *Creole Bolivar*, of the Venezuelan writer Olga Briceño. She reconstructs the war of independence, because of it, his novel allows to understand the new identities that she uses to destabilize the traditional historiography.

Key words: narrative identity, gender-history-historiography, War of Independence, Olga Briceño.



¿Deberíamos decir entonces que la historia, en el sentido propio del término, es el producto de las sociedades? Pero, ¿podemos permitirnos olvidar que las formas sociales, las sociedades particulares definidas por sus instituciones específicas, son ellas mismas «productos» de la historia? ¿Es la sociedad la que produce la historia, o a la inversa? ¿O carece de sentido esta oposición?

Efectivamente, carece de sentido. E incluso sería inapropiado decir que la sociedad es el «producto» de la historia o que la historia es el «fruto» de la sociedad. La historia es la autoalteración de la sociedad –Una autoalteración cuyas mismas formas son siempre creación de la sociedad considerada en cada caso.

CORNELIUS CASTORIADIS. Figuras de lo impensable.

Con esta imagen, Cornelius Castoriadis introduce las tensiones que atraviesan lo social-histórico como categoría. A partir del establecimiento de la historia como “autoalteración”, el autor propone que todo individuo que habla de un período de tiempo o de unos modos de interacción dados es, en sí mismo, un ser adscrito a una época, una clase y una estructura de socialización. La historia solo puede ser experimentada por seres históricos y, como consecuencia de ello, todo discurso histórico estará incluido en la historia.

A esto añade, además, que si bien existen registros innegables de acciones conscientes realizadas por seres conscientes, buena parte de la historia está cargada de intenciones involuntarias que conducen a desenlaces inesperados. A partir de ello, la recuperación del pasado se convertiría en la búsqueda de un sentido coherente para los resultados reales que las acciones individuales o colectivas hayan dejado en una sociedad y, al mismo tiempo, en la reconstrucción de la lógica que operó



bajo esas prácticas sociales. A propósito de ello, en *Figuras de lo impensable* (1999) se propone que la historia de la humanidad equivale a:

La historia del imaginario humano y de sus obras. Historia y obras del imaginario radical, que aparece desde el momento en que hay una colectividad humana: imaginario social instituyente que crea la institución en general (la forma institución) y las instituciones particulares de una sociedad determinada, imaginación radical del ser humano singular (Castoriadis, 1999, 92).

Se podría afirmar entonces que la historia destruye e instituye en la medida en que se produce y, por tanto, el registro de la misma, debe reformular sus códigos a partir de los hechos sociales que consigna y, sobre todo, como consecuencia de aquellos acontecimientos que han sucedido para conseguir la legitimidad de esa forma de comunicación. Ante ello surge la pregunta por el sujeto. Es decir, la doble fuerza descrita por Castoriadis siembra la duda sobre si las identidades que ejecutan, experimentan y registran la institución/destitución sostienen una relación particular con el poder. En este sentido es pertinente recordar a Michel de Certeau cuando define la estrategia como el:

Cálculo (o la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable. La estrategia postula un lugar susceptible de ser circunscrito como algo propio y de ser la base donde administrar las relaciones con una exterioridad de metas o de amenazas (los clientes o los competidores, los enemigos, el campo alrededor de la ciudad, los objetivos y los objetos de la investigación, etcétera). Como en la administración gerencial, toda racionalización “estratégica” se ocupa primero de distinguir en un “medio ambiente” lo que es “propio”, es decir, el lugar del poder y de la voluntad propios. Acción cartesiana, si se quiere: circunscribir lo propio en un mundo hechizado por los poderes invisibles del Otro. Acción de la modernidad científica, política o militar (De Certeau, 1996, 42).

Y la táctica como:

La acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio. Por tanto, ninguna delimitación de la exterioridad le proporciona una



condición de autonomía. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además, debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña. No tiene el medio de mantenerse en sí misma, a distancia, en una posición de retirada, de previsión y de recogimiento de sí: es movimiento “en el interior del campo de visión del enemigo”, como decía Von Bülow, y está dentro del espacio controlado por éste. No cuenta pues con la posibilidad de darse un proyecto global ni de totalizar al adversario en un espacio distinto, visible y capaz de hacerse objetivo (De Certeau, 1996, 43).

A la luz de estas categorías, es posible determinar que si bien centro y periferia tienen la opción de intervenir el proceso de institución/des-stitución histórica, lo harán a partir de usos y, sobre todo, con alcances diferentes. Con lo cual, en la mayoría de los casos, la escritura de la historia emergerá a la par de una serie de manifestaciones que, aunque no lleguen a ser reconocibles a simple vista, horadarán y replantearán la fuerza estratégica.

Aunque a muy pequeña escala, estas nociones permiten comprender la movilización permanente que tanto la Historia como la historiografía han sufrido en América Latina a lo largo de los siglos XIX y XX, pues desde sus inicios, la aproximación y fijación sistemática del pasado no sólo buscaba asentar un territorio cuyos límites geográficos, culturales y políticos resultaban sumamente inestables, sino que también pretendía hacerlo desde y hacia algunas subjetividades difíciles de codificar empleando lo que, al menos hasta el momento de la colonización, habían sido herramientas exclusivamente occidentales. Es decir, en los siglos XIX y XX la disciplina histórica intentó leer la lógica que operaba en el devenir de un territorio recurriendo a unos códigos éticos y lingüísticos foráneos y, por derivación directa, insuficientes.

Adicionalmente, si bien las lecturas tácticas de la historia tienen menos alcance y casi ninguna posibilidad de universalización, dialogan con las fuerzas instituyentes y cooperan con la destitución de lenguajes, métodos y figuraciones arraigados en cada imaginario. En América Latina, casi desde su fundación se han sobrepuesto estas reescrituras en

diversas plataformas discursivas. Poemas, ensayos, productos audiovisuales, cuentos y novelas gestados en los siglos XIX y XX² forman un tejido de ficciones de archivo que pretenden y, en muchas oportunidades, consiguen intervenir las significaciones imaginarias instituidas por/desde la historiografía oficial. Se trata de textos que buscan forjar una nación contentiva de relaciones sociales y formas contractuales protagonizadas por otras voces, entre las que destacan esas mismas encargadas de enunciar³.

Cabría pensar entonces cómo responden este tejido de narraciones fundantes, escrituras como la que aquí nos ocupa.

En el caso particular de Venezuela, en las primeras décadas del siglo XX, la imagen de Simón Bolívar fue apropiada y reapropiada inagotablemente. La figura de “El Libertador”, usada como ancla del imaginario social, permitió que se instituyeran algunos ideales de nación dictaminados desde el poder. Según Luis Fernando Castillo Herrera, Juan Vicente Gómez, quien gobernó Venezuela desde 1908 hasta 1935, hizo coincidir su fecha de nacimiento con la del Padre de la Patria y reafirmó

² En su artículo “La historia en la ficción hispanoamericana contemporánea: perspectivas y problemas para una agenda crítica”, Carlos Pacheco (2001) enumera una lista de más de cuarenta novelas que pueden dar cuenta de este fenómeno. También es pertinente recordar el trabajo editado por Daniel Balderston (1986) *The Historical Novel in Latin America* y *La nueva novela histórica en la América latina* (1993), y el emblemático texto de Seymour Menton.

³ Una de las líneas que atraviesan esta gama de discursos está directamente asociada al ideal del mestizaje. En la primera mitad del siglo XX, en toda América Latina, resultaba urgente ordenar el mapa subjetivo y su relación con el poder a partir de la desaparición –o, en el mejor de los casos, la reubicación en un pasado remoto– de las presencias indígena y negra dentro de la identidad nacional. Al respecto, propone Raquel Rivas Rojas (2002): «Una tarea central de la intelectualidad venezolana encargada de reconstruir el relato identitario nacional en términos populistas va a ser la reconfiguración de la historia patria y de la tradición letrada misma. Se trata de una relectura que permite rearticular los componentes de la identidad nacional al tiempo que relocaliza la mirada del intelectual de los años treinta, en función de construir un nuevo espectro de espacios y tipos definitorios de lo nacional (...) es sin duda en el discurso articulado de la ficción novelesca donde las líneas dispersas de las posibles imágenes del pasado se entrelazan en una trama simbólica coherente. Dentro de este proyecto, la memoria de las culturas subalternas, que dieron origen al mestizaje nacional, será procesada como relato del pasado» (Rivas Rojas, 2002, 107).



en diversos actos públicos que su misión era concluir la obra que el héroe nacional había iniciado. En esos años, además:

Los sectores de la élite gobernante se apropiaron de Bolívar, el Panteón Nacional rediseñado en su fachada entre 1910 y 1911, se convertía en un centro de adoración exclusivo para quienes detentaban el poder, rara vez el pueblo irrumpía en aquel lugar litúrgico y sagrado. De esta manera, el gomecismo y los sectores elitistas de principios del siglo XX se apropiaron de Bolívar durante un largo período.

Incluso la Casa Natal del Libertador, recuperada en 1921, pasó a transformarse en otro elemento de culto. Durante el gomecismo se ordenó su recuperación y transformación, apareciendo muros y pisos de mármol, por lo cual aquello no fue una restauración, sino más bien otra forma de preservar y aumentar el ya aquilatado culto a Bolívar (Castillo Herrera, 2012, 113-114).

A pesar de ello, como asevera el mismo investigador, la figura de Bolívar ya estaba arraigada en el imaginario popular para el momento en que se produjeron estos acontecimientos. La resonancia de la imagen del Libertador le otorgó a su nombre una potencialidad transformadora que acabó por facilitarles a quienes reconstruyeron su historia, el vadeo de algunos disciplinamientos sociales. Al hablar de la figura de Bolívar construida y empleada por el proyecto gomecista, Nikita Harwich (2003) sentencia:

Esta interpretación conservadora del personaje [Simón Bolívar] se ajustaba, por lo demás, a las circunstancias políticas que atravesaba Venezuela. La férrea dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935), al aprovechar los cimientos echados por el régimen guzmancista, pudo mantener y ampliar la heroica imagen oficial del Libertador. A tal efecto se destaca la obra llevada a cabo a partir de ese momento por Vicente Lecuna (1870-1954). Banquero de profesión e historiador por afición, Lecuna se dedicó a la tarea de recopilar y publicar en forma sistemática la correspondencia de Bolívar, de contribuir al rescate de la Casa Natal del Libertador en Caracas, que convirtió en un templo dedicado a la exaltación de la memoria del "Padre de la Patria", y de promover



la minuciosa investigación, en particular de su actuación como jefe militar. Para Lecuna era, por lo demás, indispensable que Bolívar fuese, literalmente, un héroe intachable en todos los aspectos de su vida, tanto pública como privada (Harwich, 2003, 13).

Posteriormente, añade:

Pero la visión de un Bolívar defensor del orden encontraría también un eco del otro lado del Atlántico. El relativo desencanto en cuanto a los alcances reales de la modernidad política y de un parlamentarismo no siempre exento de limitaciones, contribuyó al auge de un cuestionamiento del liberalismo como solución para los problemas planteados por la evolución de las sociedades y a la reactualización del debate en torno al cesarismo. Para los intelectuales que giraban en torno a la Action Française en Francia o, a partir de 1922, en torno al Estado fascista italiano, la figura del Libertador podía ser ventajosamente evocada (Harwich, 2003, 13).

Indudablemente, estas apropiaciones iban dirigidas a reforzar las instituciones que dominaban el mapa político latinoamericano; no obstante, es importante considerar que mientras se desarrollaba el gobierno de Juan Vicente Gómez en Venezuela, dentro del mismo territorio geográfico –y quizás valga acotar que todo el mundo de habla hispana– se generaba y fortalecía el feminismo, un movimiento dirigido a destituir parte importante de las jerarquías sociales.

Por sólo citar algunos hechos aislados, vale recordar que en 1910 se realizó en Buenos Aires el I Congreso Femenino Internacional, con delegadas de todos los países americanos; que en 1911 la uruguaya María Abella de Ramírez fundó en su país una sección de la Federación Femenina Panamericana; que en 1916 se celebró en la ciudad de Mérida el I Congreso Feminista convocado por el gobierno del estado de Yucatán; o que en 1924 –un año muy fructífero para esta causa– se fundó el Partido Demócrata Femenino en Chile, se reinició la campaña por el sufragio femenino en Perú y por primera vez en la historia, una mujer latinoamericana, la ecuatoriana Matilde Hidalgo, se presentó a sufragar (VV.AA., 2011). En Venezuela, señala Magally Huggins Castañeda que:



La Agrupación Cultural Femenina, la Asociación Venezolana de Mujeres y el capítulo venezolano de la Unión de Mujeres Americanas, establecen vínculos con organizaciones internacionales y de otros países, y «desde el interior llegan noticias que fortalecen esperanzas y aspiraciones en torno a la mujer».

En 1936 se funda la Asociación Venezolana de Mujeres, por iniciativa de Luisa del Valle Silva y Ada Pérez Guevara de Bocalandro (...) para luchar por «el mejoramiento de la mujer y el niño y todo lo que concierne a la higiene física y moral de nuestra colectividad; promover el acercamiento con otras asociaciones femeninas y colaborar con otros grupos que no sean políticos. (...) La Asociación Venezolana de Mujeres no quiso identificarse con el feminismo sufragista de esa primera etapa ni nada parecido que reclamara los derechos civiles y políticos de la mujer. Aunque la posición sufragista de la ACF introduce contradicciones con la AVM, esta discrepancia no es obstáculo para constituir las Asociaciones Unidas pro-Reformas del Código Civil (...) que convocan a la Primera Conferencia Preparatoria del Congreso Nacional de Mujeres (que se realiza en 1941) (Huggins Castañeda, 2010, 175).

No es extraño entonces que a la par de las representaciones del Simón Bolívar militarista, conservador y apegado al orden que circulaban tanto en América Latina como en la Europa de comienzos del siglo XX con intenciones claramente instituyentes, emergieran algunas lecturas tácticas de la imagen del Libertador que alejara su subjetividad del ideal épico-militar. En torno a esto, es importante tener en cuenta algunas de las consideraciones formuladas por François Dosse acerca de la biografía como género discursivo:

Vinculado a la necesidad de construir su identidad en el tiempo y en el espacio, el género biográfico siguió las evoluciones de una sociedad que otorgó una parte cada vez mayor a las lógicas singulares de los individuos. En el punto de partida, la persona quedaba anulada tras el personaje, el retrato se diluía tras el modelo unitario concebido para ser imitado y para dar lugar a la identificación. La *Historia magistra* era lección de vida y representaba una fuente de inspiración para la propia vida del lector, debido al carácter ejemplar del personaje erigido



en héroe o santo. El biógrafo no aparecía, sino que cedía todo el lugar a su personaje en un simulacro de realidad que debía conquistar por la ilusión creada a fuerza de convicción (Dosse, 2007, 428).

Luego señala que:

Esta búsqueda de identidad no ha desaparecido, sino que se fragmentó en miles de “biografemas” que no necesitan engarzarse. Por el contrario, lo común es la pluralidad presupuesta en el biografiado, quien experimenta tensiones contradictorias que le dan una identidad muy frecuentemente paradójica. Esta pluralidad se encuentra también en el método mismo del biógrafo destinado a escribir biografías “corales”, como las llama Sabina Loriga, al restituir los fenómenos de interacciones, los embrollos de vidas, así como la implicación del biógrafo en su evocación del otro (Dosse, 2007, 428).

Partiendo de esa propuesta, se puede afirmar que un “biografema” indispensable para rastrear la dupla subjetividad femenina-escritura biográfica en Venezuela lo constituye el libro *Bolívar criollo* (1934b), publicado por la venezolana Olga Briceño en 1934. En esta novela la autora negocia su posición de mujer escritora con el campo intelectual y, haciendo uso de su inestabilidad, construye un referente histórico desde la vida cotidiana. Se trata de una respuesta anclada en una posición extraña y no del todo definida dentro del campo intelectual iberoamericano. Por tanto, se acerca a la “lección de vida” de la biografía tradicional, pero al mismo tiempo consigue desestabilizarla gracias a la perspectiva del sujeto de la enunciación.

Al respecto es importante considerar que Olga Briceño ni en Venezuela, su país natal, ni en España, donde residía para el momento de publicación de la obra, había sido cuestionada por su labor intelectual. Al contrario, en la década de los treinta, cuando las mujeres del mundo hispano gozaban solo de pequeñas cuotas de participación política, ella tenía parte en la Asociación Hispánica Los Amigos de Bolívar y era consultada al momento de elegir su directiva. En 1935, el Gobierno español decidió conceder “el lazo de la Orden Isabel la Católica a la ilustre escritora venezolana doña Olga Briceño, autora de la *Trilogía de Bolívar*,



que tan rotundo éxito ha obtenido en su reciente publicación” (S/A, 1935a, 38). Mientras que su biografía acerca de Francisco de Miranda se promovió junto a otras publicaciones de la editorial Nuestra Raza, firmadas por Isaac Peral, César González Ruano, Emilio Ramírez Ángel o Ramón Gómez de la Serna.

Ahora bien, a pesar de ello, las intervenciones de la historia que ella formulaba no eran acogidas de la misma manera que las biografías escritas por hombres. Uno de los documentos que contiene valiosas huellas acerca de este fenómeno es el “Prólogo” de Dionisio Pérez que acompaña a esta novela. El autor afirma que:

Una mujer, una azucena blanca de ternura, una rosa encendida de amor, había de interpretar este modo de Bolívar. No bastaba que supiera adivinarlo, interpretarlo y sentirlo con la misma intensidad de emoción con que el fenómeno espiritual se produce a través de aquella vida, sino que era preciso también escribirlo, con la grandeza que el héroe merece. Ardua tarea; difícil compaginación entre la visión femenina y el temple épico del protagonista. Y he aquí el contraste vencido y allanado.

Olga Briceño es, como escritora, algo más que pensamiento y emoción, que intuición adivinadora y que sentimiento conmovedor: es estilo. Estilo de gran escritor castellano. Entonada la frase, sonoro el párrafo, limpio de incidentes; compenetrado el pensamiento que discurre con las palabras que lo visten de expresión; espiritualizado el concepto por una emoción interna, por el “quid divinum” que convierte la retórica hueca en Humanidad (Pérez, 1934, 12-13).

Estas palabras de Dionisio Pérez muestran cómo esta mujer no era leída —o al menos no en todos los espacios— como un sujeto del feminismo. Por el contrario, el autor está enfocado en demostrar que se trata de una construcción decimonónica, con una finalidad decorativa, que negaba —con sus colores y su tipología— todo rastro indígena o afroamericano que pudiera haber en ella. Al respecto, no deja de ser llamativo que pese a la emocionalidad y la ingenuidad que se le atribuyen al perfil de la autora, el prologuista reconozca cierto tono reflexivo —o, literalmente,



“interpretativo”– en la escritura. Así pues, en medio de la caracterización se cuelan algunas evidencias del desplazamiento que sufría la mujer escritora en el imaginario hispano.

Pérez añade luego que Olga Briceño podía “vencer” y “allanar” el contraste implícito entre su visión de mujer –esencialmente afectada, emocional y delicada– y la heroicidad del personaje reconstruido. Es decir, insinúa que o bien la autora abandonó durante su escritura el lugar de la flor y/o que el fundador continental dejó de lado su lugar radicalmente masculino, pues en la lectura de esta biografía ambas tipologías se fueron acercando. Por ello, no es del todo descabellado pensar que el autor acusa en la escritura la generación de un nuevo territorio nacional donde la polaridad femenino/masculino está siendo replanteada.

Esta idea se refuerza cuando Pérez asegura que si bien Olga Briceño –como correspondería a cualquier sujeto femenino decimonónico– está llena de “pensamiento”, “emoción”, “intuición” y “sentimiento”, maneja correctamente el “estilo”. O, lo que es lo mismo, cuando indica que el conocimiento teórico en un campo del saber propio de la alta cultura –como sería en este caso la escritura– puede ser adquirido por una subjetividad femenina que cumpliera a cabalidad con el perfil propuesto en el imaginario instituyente, aunque –ciertamente y quizás de una manera inconsciente– esto acabe por transformarla en “un gran escritor” y la aleje, momentáneamente, de su atractivo femenino.

Desde esta posición autoral se construye *Bolívar criollo* (1934b), una obra que nace a la par de otras dos biografías de Briceño que abordan diferentes facetas de un mismo sujeto. En su escritura se evidenciará que todavía era percibida por sus pares masculinos como una dama que embellecía el pasado por medio de sus intervenciones, lo que si bien pudiera entenderse como un gesto descalificador que redundó en la supresión del nombre de Briceño de la historiografía literaria venezolana, también puede implicar una puerta de acceso para resignificar la Independencia venezolana desde “el interior del campo de visión del enemigo”.



De aquí que sea posible rastrear a lo largo de la lectura de la obra, esa fuerza que opera en un “no lugar” aunque, siguiendo con las paradojas que se suelen presentar al interior del pensamiento feminista, todo pareciera ir dirigido a la construcción de un territorio de adscripción para la propia voz. En *Bolívar criollo* (1934b), más que desestimar categorías como “nación” o “identidad”, Briceño las estaría replanteando para poder arraigar su subjetividad política al interior de las mismas.

No parece ser casual que el primer pivote movilizado dentro de este discurso biográfico sea el proceso de formación de Bolívar. Al comenzar su escritura, la autora intenta conciliar la tendencia historiográfica hispanista con la imagen redentora del personaje principal. Habla de su nacimiento, de su bautismo y, por medio de expresiones como: “Los misioneros, enérgicos y resignados, penetraban sin armas en los poblados salvajes” (Briceño, 1934b, 21), “[los misioneros]Eran tan valientes como la raza que querían conquistar para Cristo y para España” (21), “una indiecita de cuerpo gracioso (...) [o bien] una negra de dientes blanquísimos” (40), racializa el mapa venezolano, al tiempo que sobre-occidentaliza la imagen del Libertador.

Es decir, al menos en las primeras páginas de la obra, Briceño diseña un héroe racional, blanco, con una marcada herencia hispana y descendiente de una casta de hombres ilustrados. Estos enunciados detentan una carga zoologizante de la diferencia que bien dialoga con las representaciones de Bolívar propuesta desde el poder monárquico. A pesar de ello, cuando la autora narra el proceso formativo del héroe, desvincula las características morfológicas del personaje de su perfil psicológico y su identidad cultural, lo que le resta fuerza al esquema liberal de pensamiento.

Por ejemplo, junto a las referencias, siempre distantes, de los textos escritos por enciclopedistas franceses o de las lecciones “del capuchino Andújar y del padre Negrete” (42), se presentan en este libro las intervenciones de la negra Matea, quien además encarna uno de los pocos personajes femeninos de la obra. Bolívar, cuando niño, le insiste en que le transmita su saber, entonces:



Matea se detiene en su narración, y Simón, intrigadísimo, la acosa a preguntas:

—¿Y qué hicieron con tu taita Miguel?

—A mi taita Miguel le dieron un mandurriazo en la camueza y se la abrieron como esa graná que está allí en aquella ramita (...)

El indio Guaicaipuro —dice Matea— era el cacique de los indomables indios teques. Un hombre apuesto y esbelto, con grandes ojos negros, rasgados en forma de almendra. Alto y musculoso, tenía movimientos de tigre joven, con los que se enfrentaba a veces en lucha cuerpo a cuerpo.

Odiaba a los blancos porque querían arrebatarle sus tierras a los indios, y con ellas sus derechos y vidas.

Muchas veces había recogido en sus fuertes brazos, los cuerpos despedazados de sus compañeros muertos.

Un día aciago que perecieron a manos de los soldados de Losada dos de sus familiares, resolvió acabar con los hombres blancos, aunque le costase la vida.

Desde entonces no había emboscada que no preparase, ni ataque ni defensa en que no tomase parte activa (Briceño, 1934b, 70).

Más allá de la reescritura evidente de la “escena de la lectura”, propia de los pasajes inciáticos de las biografías tradicionales, resulta ilustrativo que la reconstrucción de la resistencia, la insubordinación y las insurrecciones indígena y afrovenezolana —dirigida, evidentemente, a desencadenar la adecuación de las ideas enciclopédicas a la realidad sudamericana— esté a cargo de una mujer negra y esclava. Matea es un sujeto del conocimiento que va a legitimar con su participación la importancia de la historia oral, del sustrato mestizo de la identidad nacional y algunas formas alternativas de heroicidad.

Resulta muy elocuente, además, que aunque la voz narrativa de la obra parezca complacida con el proyecto civilizatorio de la Conquista, Briceño inserte el relato de la negra Matea para desdejar la existencia de una conciencia nacional consolidada, al estilo de la que planteaba el discurso galleguiano. Ciertamente, en muchos momentos de la novela



se habla de un proceso de liberación-fundación que involucra a todos los sectores del país; no obstante, la hibridez acusada en la rememoración consigue penetrar en la identidad del héroe y romper la homogeneidad identitaria.

Pareciera entonces que si bien el modelo conceptual que maneja el personaje deriva de algunos productos lingüísticos elaborados desde y a partir de la razón cartesiana, el referente histórico de heroicidad que se le presenta a Bolívar exhibe rasgos físicos y un estilo de vida completamente ajeno a la organización urbana occidental. En un movimiento contrario a lo que determinaban las novelas históricas más tradicionales, el indígena y el negro actúan como modelos presentes, mientras que el hombre hispano con buenas intenciones permanece recluido en un pasado remoto. Aún más, el valor que se les atribuye a los patriotas que defienden a las mujeres de los ataques realistas es presentado como una herencia indígena y no hispánica:

El cacique pelea como un león, pero son demasiado numerosos los asaltantes. Le hieren en el brazo derecho y con el izquierdo se sigue defendiendo. Un lanzazo le alcanza en una pierna, que comienza a verter chorros de sangre. Poco a poco su cuerpo va cubriéndose de heridas; ya no le queda lugar sano. De pie lanza su último aliento y cae desplomado al suelo, en medio de sus veintidós compañeros de combate muertos, y junto al incensario humeante de su choza quemada... En la gran curva que describe el Orinoco, en sus límites con el Brasil, la hija del cacique de los mariches espera a su amante que prometió volver.

En las noches oscuras, cuando se oye el siseo de la lechuga y las hogueras encendidas a las puertas de los bohíos guiñan sus ojos como complacientes centinelas, Naiguatá se va a lo largo del río por entre las cañas, tras la sombra brillante del espíritu de su amante indio (Briceño, 1934b, 78).

De una forma que llega a parecer accidental, Olga Briceño consigue poner bajo sospecha los valores del grupo hegemónico. En boca de Matea, quien progresivamente se diluye en el relato y da paso al habla



de un sujeto letrado que desaparece al final del cuento, se niega la bondad del civilizador y se aproxima al héroe nacional al perfil de quienes acabaron con sus antepasados. En esta simple anécdota se controvierte la lógica positivista que refrendaba el determinismo biológico. Al comprender la ética y la conducta social como hechos aprendidos –por discursos, cuentos o enseñanza formal, eso no parece relevante en esta obra– y no heredados, se refuta cualquier argumento que pudiera excluir a las mujeres o a los varones no occidentalizados del proceso de creación de la Patria.

De igual forma, se establece con esta intervención que no hay un pasado único sino un grupo de fragmentos desjerarquizados e indispensables para dar el sentido último al hecho. Por ello, no es extraño que a la inestabilidad étnica que se le imprime a la historia, se sume la genérica. A lo largo de la novela, Briceño se encarga de frivolar a quienes participan en la Guerra de Independencia. En diversos momentos cuenta cómo se alistaban en el ejército quienes deseaban vengarse del daño que se le había hecho a su familia, quienes estaban empobrecidos y querían crecer económicamente, o bien quienes necesitaban demostrar su valor. Es decir, en *Bolívar criollo* los soldados son movidos por causas pasionales y no ideológicas. Aún más, mientras se dirigen al campo de batalla, los combatientes piensan en sus novias, en sus futuros matrimonios y hasta en los trajes de campaña. Concretamente se narra:

Los muchachos más distinguidos de la sociedad de Caracas se han alistado en la expedición. La noche que abandonan Caracas para dirigirse a la ciudad sublevada, hacen febrilmente sus preparativos (...) Francisco Javier Yanes, que va muy bien puesto y correcto, llama en voz baja a Vicente Salias, que marcha dos filas más adelante.

—Oye, ¿no te dará lástima derramar tanta sangre?

—Seguramente que sí. Vale más que no pensemos en eso.

—Y lo peor es que no son enemigos, son hermanos nuestros.

—Es cierto, pero...

—Atención. Firmes. Cuidado, que ya vamos llegando.

Esta advertencia corta el diálogo que se queda sin terminar.



Siguen otra vez por el camino que se hace más arduo.

—Vicente, eh, Vicente, ¿qué dirá tu hermana María cuando te vea regresar cargado de galones?

—Los primeros que gane se los mandaré a mi novia para que los guarde como recuerdo.

—¿A tu novia? ¿Cuál? ¿María Dolores?

—No, Trinidad; nos queremos hace muy poco. La conocí en una reunión de familia (Briceño, 1934b, 141).

Se trata de una relación entre hombres que, además, están cumpliendo con la misión de fundar el país, de ahí que resulte significativo que aunque el diálogo se desarrolle en el espacio público, su temática se circunscriba al espacio privado. Pudiera creerse incluso que, para Olga Briceño, la dicotomía fuera/dentro del hogar y su equivalencia con la masculinidad/feminidad no es más que producto de la mirada y/o de la selección de acciones ejecutadas por el sujeto que narra, pues toda individualidad histórica transita de un lugar a otro sin siquiera advertirlo.

Esta visión, que pudiera parecer ingenua a simple vista, no solo emociona a figuras tan emblemáticas dentro de la Independencia nacional como Vicente Salías o Francisco Javier Yanes, sino que también recae sobre el Libertador. En la novela se establece que el juramento del monte Aventino es pronunciado por un “niño viudo”, en un pasaje que además de intervenir las masculinidades dominantes en el imaginario de la Guerra de Independencia, distancia al personaje principal de otra de las instituciones reforzadas por la voz narrativa en los planteamientos iniciales: la Iglesia católica.

En la obra se cuenta:

—Óigame su reverencia, ¿era joven la difunta?

—Era muy joven, pero más lo es el viudo, que sólo tiene diecinueve años.

—¡Diecinueve años! La Santísima Virgen me valga. ¡Qué perversión!... ¡Casado a esa edad! Dios tenía que castigarlo, por eso le quitó la mujer. ¡Esos mantuanos tan corrompidos!



La pobre mujer olvida que ella, con tal de casarse, lo hubiera hecho hasta en mantillas. Sigue en sus exagerados aspavientos.

—¡Ave María Santísima! Niñas vámonos. Yo no quiero que vean a ese monstruo.

Luego rectifica:

—A ese... viudo mantuano (...)

Los deudos de la difunta asisten a la misa con sus caras absurdas de dolor provocado y observan fijamente los movimientos del oficiante, pero no con piedad sino con el deseo de que aquello termine pronto para poderse marchar (...)

Ninguno de los asistentes a la ceremonia ama a la difunta. Van allí por “cumplir” con el viudo que es un muchacho de lo más “granado” de la aristocracia y para llenar la mañana vacía e insípida (Briceño, 1934b, 110-111).

Asimismo, al momento de marcharse del velorio, Simón Bolívar, en un acto típicamente melodramático, afirma entre sollozos: “Yo quiero morir también”.

Con esta escena, la genealogía patriarcal que se ha transmitido por medio de la historia patria y también de la historia cultural del país está siendo cuestionada. La fórmula que emplea Olga Briceño para replantear el carácter varonil de los héroes de la Independencia ayuda a desentrañar la edificación del género como constructo social. Entonces, si bien es cierto que en el texto no se habla en ningún caso de la posición del sujeto femenino en la guerra, al imaginar y poner en circulación nuevas masculinidades, el canon objetualizador de la mujer pierde fuerza. La utilización de las mujeres se convierte en una acción condenable, tanto más si se trata de personajes femeninos ganados a la causa independentista:

—Muchacha, métete p’adentro que va a venir algún realista y te va a llevar pa’ sus rifas.

—Ya ese tiempo se acabó, abuela. Ahora ya no hay más rifas de mujeres. Los republicanos no consienten esa atrocidad.



—Por Dios, cállate. Te pueden oír y llevarte presa o fusilarte como a tu hermana Toña.

—No hable de Toña, hoy que está todo tan alegre. No puedo recordarme de lo ocurrido sin llorar.

—Pobrecita, cuando le vendaron los ojos para fusilarla, fue taconeando tranquila hasta el maguey, donde la mataron.

—Sí, y se sacó del pecho una bandera pequeñita tricolor que sostuvo con las manos sobre el corazón.

—Sonaron tres disparos, cayó contra el tronco del maguey...

—Cuando dejaron su cadáver abandonado, mientras había más muertos que enterrar, fuimos a verla una postrera vez...

—Tenía en los labios una sonrisa...

—... Y en el pecho la bandera con dos huecos sangrientos...

Las dos mujeres sollozaron al evocar el triste recuerdo. La chica, que como todo ser joven, era enemiga de las tristezas, murmuró rehaciendo su pena:

—Ya ve usted, mamá, que por fin me hizo llorar evocando esas cosas. Ahora voy a estar toda fea para cuando llegue el gran Bolívar y sus granadinos.

La vieja se enjugó las lágrimas y dijo así a la muchacha:

—Le regalaremos la mitad de la bandera de Toñita, diciéndole que murió por defender las doctrinas de libertad que inculcó él mismo en los caraqueños... (Briceño, 1934b, 240-241).

Al igual que ocurría con la caravana de héroes patrios, aquí el tono de la comunicación es absolutamente coloquial y radicalmente distante de toda formalidad histórica. En el intercambio hablan dos subjetividades que no pretenden trascender en la historia ni inmortalizar a quienes sí lo hagan; no obstante, están abordando el tema de la guerra, están tomando partido y le están dando cabida en el pensamiento a una mujer pobre y rural que, en cualquier otro registro, hubiera sido obviada. Es decir, la causa patriótica es arropada por dos personas sin nombre que consiguen hacer algún aporte a la reconstrucción de la misma.



De igual modo, los personajes manejan algunas jerarquías ya oficializadas desde el poder. Para las dos mujeres aquí construidas, la bandera, la idea de libertad y la imagen de Bolívar son elementos rescatables, mientras que la posición realista se constituye como una amenaza. Así pues, la lucha independentista deja de ser planteada como un problema de élites económicas o culturales y pasa a ser vista como un proceso colectivo, con protagonistas genérica y socioeconómicamente diversos. Se podrá percibir entonces una voluntad de arraigo, equivalente a la que proponía cualquier discurso histórico decimonónico, sólo que la misma estará asentada en “una bandera pequeñita tricolor”, “dos mujeres sollozando” y “una muchacha que teme estar fea”.

También es cierto que en la obra se conservan algunos rasgos de romanticismo conducentes a la reconstrucción idílica del héroe, solo que el perfil tanto de la figura epopéyica como del colectivo que la produce va a ser desplazado. Se mantendrá, por ejemplo, la relación entre el sujeto masculino y la fundación nacional, aunque con cierto escepticismo frente a la imagen del Libertador, que pasará a ser un objeto tan hermoso y ornamental como las mujeres reconstruidas en los relatos de independencia más tradicionales.

De este modo, las dicotomías tradicionales que ponían en entredicho el feminismo, tales como: emoción/racionalidad, debilidad/valor o frivolidad/seriedad, son contaminadas en la obra. Ello permite, además, convertir el origen de la nación, y quizás del continente, en un territorio accesible para la subjetividad que encarnaba la autora. Es decir, más que reclamar espacios para inscribir una identidad que le venía dada desde el poder, Olga Briceño, en *Bolívar criollo*, estaría desacralizando el proceso de fundación y, con ello, ampliando el mapa subjetivo nacional.

En otras palabras, aunque al leer *Bolívar criollo* no se pueda hablar de un proceso de imaginación radical, pues no se está deponiendo ni negando el punto de origen de la nación, sí se puede señalar una reconstrucción táctica que patentiza algunas contradicciones contenidas en el imaginario social. La lógica alternativa, ajena al masculinismo y al positivismo, revela en este texto que el proceso de apropiación de Bolívar y el



sustrato ideológico gomecista generaron, sin querer, nuevas subjetividades como las de la misma Olga Briceño, quien sin abandonar el espacio de mujer ornamental, consiguió dar cuenta de algunos sistemas de significación alternativos.

Referencias

- BALDERSTON, Daniel (1986). *The Historical Novel in Latin America*. Gaithersburg, Maryland: Hispanoamérica.
- BRICEÑO, Olga (1934a). *Bolívar americano*. Madrid: Ediciones Nuestra Raza.
- BRICEÑO, Olga (1934b). *Bolívar criollo*. Madrid: Ediciones Nuestra Raza.
- BRICEÑO, Olga (1934c). *Bolívar Libertador*. Madrid: Ediciones Nuestra Raza.
- CASTILLO HERRERA, Luis Fernando (2012). "Entre el respeto y la veneración: imagen y cuerpo del Libertador Simón Bolívar". *Conhisremi*, Vol. 8 (3), pp. 94-116.
- CASTORIADIS, Cornelius (1999). *Figuras de lo impensable*. Valencia: Frónesis-Cátedra-Universitat de València.
- DE CERTEAU, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- DOSSE, François (2007). *El arte de la biografía: entre historia y ficción*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- HARWICH, Nikita (2003). "Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía". *Iberoamericana*, Vol. 3 (10), pp. 7-22.
- HUGGINS CASTAÑEDA, Magally (2010). "Reescribiendo la historia: las venezolanas y sus luchas por los derechos políticos". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, Vol. 15 (34), pp. 163-190.
- MENTON, Seymour (1993). *La nueva novela histórica en América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- PACHECO, Carlos (2001). "La historia en la ficción hispanoamericana contemporánea: perspectivas y problemas para una agenda crítica". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, Vol. 9 (18), pp. 205- 224.



- PÉREZ, Dionisio (1934). "Prólogo". En: Briceño, Olga. *Bolívar criollo*. Madrid: Ediciones Nuestra Raza, pp. 9-16.
- RIVAS ROJAS, Raquel (2002). "Cimarronaje, exclusión y blanqueamiento en *Pobre negro* de Rómulo Gallegos". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*. Vol. 10 (19), pp. 105-120.
- VV.AA. (2011). "Cronología del feminismo nuestroamericano", *Ideas feministas de Nuestra América*, <http://ideasfem.wordpress.com/cronologia/>. Visitado en enero de 2013.